

## Vigésimo Congreso Mundial de Filosofía. Boston, 10-16 de agosto de 1998

Un Congreso plural celebrado  
con genuino sabor americano

La Federación Internacional de Sociedades de Filosofía (FISP), organización auspiciada por la UNESCO, viene promoviendo congresos *quinquenales* que constituyen, con diferencia, *las mayores y más plurales reuniones de filósofos a nivel mundial*. Tales encuentros internacionales se centran en algún tema de especial importancia para la humanidad. A él se dedica el mayor número de las conferencias plenarios, reservadas a pensadores de reconocida talla internacional. Sin embargo, la mayor parte del tiempo se concede a una larga lista de secciones temáticas (cuarenta y cinco en la última ocasión), de mesas redondas propuestas por los propios congresistas y de conferencias programadas por diferentes sociedades filosóficas, como la Asociación Internacional para la Investigación sobre Valores, o la Asociación Internacional Karl Jaspers. Aunque se pueda dar más espacio a algunas temáticas o corrientes, es casi imposible que cualquier participante no encuentre día tras día alguna ponencia o reunión de su interés. Estos congresos, con sus cinco idiomas oficiales, entre los que está el español, ofrecen las más amplias posibilidades de intercambio, diálogo y nuevos contactos con otros filósofos e intelectuales, con revistas y demás publicaciones.

El penúltimo congreso, desarrollado en 1988 en Brighton, tuvo como tema principal «La comprensión filosófica de los seres humanos». El de Moscú, en 1993, se centró en «La Humanidad en un punto decisivo» y contó con la participación de más de mil filósofos. En el reciente congreso de Boston, presentado bajo la temática de «ΠΑΙΔΕΙΑ: *La Filosofía en la Educación de la Humanidad*», el número de asistentes ha superado los tres mil, procedentes de más de cien naciones, que han aportado mil trescientos artículos, expuestos como ponencias o comunicaciones. Posiblemente se trata de la reunión de filósofos más concurrida de la historia. Las actas correspondientes estarán disponibles en torno a septiembre (información en Email: [pdc@mailserver.bgsu.edu](mailto:pdc@mailserver.bgsu.edu), en <http://www.bgsu.edu/pdc/>). El próximo congreso mundial se celebrará en Estambul en el 2003, pero ya se prepara otra gran conferencia internacional y multitemática de filosofía para agosto del año 2000 en Belfast, acogida al título de «Filosofía, Democracia y Cultura».

También es reseñable que junto al macro-congreso de Boston tuvieron lugar otros congresos de interés en esa misma ciudad durante los inmediatos días precedentes. Fue el caso del organizado en el Boston College sobre «Desafíos y oportunidades de la globalización» y del Octavo Simposium de la Asociación Internacional de Mujeres Filósofas, titulado «Lecciones desde el Gineceo: Mujeres filosofando».

El Congreso Mundial de Boston fue inaugurado por el presidente saliente de la FISP, el peruano F. Miró Quesada, a quien ha venido a suceder la turca Ioanna Kuçuradi, así como por el gobernador de Massachusetts, Paul Cellucci, un antiguo alcalde de Boston, un representante de la UNESCO y el canciller de la Universidad de Boston, principal patrocinadora del evento. La organización del congreso estuvo a cargo de un equipo de profesores de dicha universidad comandados por los profesores Hintikka, Neville y Olson.

Entre las demás sesiones plenarias y principales simposiums podemos destacar los siguientes: Ética, Religión y el Futuro de la Humanidad; Las ideas de la Ilustración y su legado; Educación Filosófica y diversidad cultural; Qué es y qué no es el Pragmatismo; Orígenes y Concepciones Filosóficas de la Paideia; La Filosofía del Lenguaje; Agenda Global para la Enseñanza de la Filosofía; La Filosofía

en la vida pública norteamericana; Ciencia y Humanidades; Paideia, Justicia Social y Derechos Humanos; Razonamiento y Argumentación; Desafíos actuales en Ética; La Filosofía y el futuro de la Educación. Claramente, la *educación* fue el asunto más abordado, en relación tanto a la filosofía de la educación como a la enseñanza de la filosofía. También fue constante el esfuerzo por contextualizar todos los problemas en la actual situación de globalización o *mundialización* y de integración de la *diversidad cultural*, con especial atención a los desafíos que ha de asumir la democracia. Algunos otros temas singulares, entre la multitud de áreas cubiertas, son los enfoques *feministas* a las diferentes cuestiones filosóficas, *la filosofía para niños*, *la filosofía del deporte*, *la biotecnología* y el conflicto entre desarrollo económico y la protección ambiental, el impacto de Internet en la sociedad, y la relación entre *postmodernidad* y *la tradición filosófica católica*. En general, se aludió con frecuencia y escaso entusiasmo a la postmodernidad, en un intento de otear el porvenir.

El momento más espectacular fue la mesa redonda organizada con seis filósofos de reconocido prestigio internacional a lo largo de sus vidas. A todos se les planteó la misma cuestión: ¿Qué hemos aprendido nosotros de la filosofía del siglo xx? Willard V. Quine, profesor en Harvard y primer exponente del naturalismo en este siglo, declinó responder. Peter Strawson, metafísico y profesor de lógica en Oxford, insistió en la *diversidad* de las experiencias de los seis congregados en la unidad de las disciplinas filosóficas y en el interés de todas las etapas de la historia de la filosofía. Donald Davidson, formado en Harvard y profesor en Berkeley, reconoció que en su juventud la casi única filosofía que conoció bien fue la norteamericana, principalmente la de Harvard, pero que ahora la filosofía es más internacional. Karl Otto Apel, representante francfurtiano de la ética del diálogo, subrayó que la filosofía del lenguaje había mostrado el sinsentido de algunas cuestiones que él trabajó en su pasado neokantiano y lamentó el arrinconamiento de la reflexión en beneficio de la lógica matemática. Marjorie Greene, filósofa de la ciencia en Virginia, compartió esta queja y descalificó por completo a Descartes y su dualismo y a Heidegger. Seyyed Hossein Nasr, especialista en filosofía

islámica, oriundo de Irán, formado en Harvard y profesor en Washington, acusó a Occidente de marginar la filosofía oriental, entendiendo por ésta las tradiciones de India, China, Japón y el Islam, con la consiguiente marginación de los enfoques espirituales.

*The New York Times* (15 de agosto, p. B9) interpretó que los tres primeros eran los más importantes, comparándolos incluso con Sócrates, Platón y Aristóteles. Criterio hartó discutible y muy anglosajón. De todas formas, lo que se echó de ver en esta selección de «grandes» de la filosofía, fue la notable homogeneidad de los seis, pese a la diversidad que Strawson manifestó sobre ellos. Sin duda hay diferencias nada despreciables entre tales autores y descolló sobre todo la crítica a Occidente del único no occidental de la mesa. Pero este único no occidental se formó, vive y enseña en los Estados Unidos, ámbito anglosajón compartido por otros cuatro convocados. La relativa excepción era la del alemán Apel, que, sin embargo, no es muy lejano a las preocupaciones e inclinaciones de sus colegas ingleses y norteamericanos. Cierto, no existe «una» filosofía anglo-americana, pero sí una propia tradición predominante de cuño empirista y muy centrada en el lenguaje, concretada contemporáneamente en la filosofía analítica y el pragmatismo. No obstante el gran pluralismo ya indicado, algunos quisieron que el Congreso tuviera «genuino sabor americano». Así, Olson, uno de los organizadores, declaró que «el Congreso ciertamente es, en cierto sentido, una celebración de los logros de la democracia liberal», considerando ésta como una histórica aportación norteamericana (*Boston University Bridge*, 7-8-98, vol. II, n.º 3, p. 4). Otro organizador, Murray-Brown, comentó para la misma revista que «el pragmatismo americano, los ideales democráticos americanos representan una forma de filosofía política que ha triunfado en su versión al final de este siglo». Nótese la identificación entre democracia triunfante, pragmatismo y EE. UU. Muchos norteamericanos se esforzaron una vez más en presentar el pragmatismo como una gran aportación original de los EE. UU. a la filosofía universal. Uno de sus autores más resaltados en este sentido fue John Dewey.

En Boston había intención de reivindicar y de dejar reivindicar. Los del África subsahariana, sin distinguir las dos fundamentales

Áfricas, la árabe y la negra (como hoy vuelve a patentizarse en Sudán), denunciaban la esclavitud a la que África ha sido y es sometida, así como la marginación recibida de la filosofía occidental. En cambio, los norteafricanos no hablaban tanto de África, y sí de la cultura islámica. Hossein Nasr y otros filósofos de origen asiático reivindicaban la filosofía de algunas de las grandes culturas asiáticas, que fueron las filosofías no occidentales más atendidas en el Congreso. Las feministas se concentraron en buscar a todo la distintiva perspectiva femenina. Los filósofos de Europa oriental no presentaron unidad alguna entre ellos, salvo en el hecho dominante de aparecer como comentaristas de los filósofos tenidos por la encarnación de Occidente: anglosajones, germanos y franceses. Entre los iberoamericanos un sector compartía esta suerte, otro constituía un polo de crítica ética en el plano de la justicia social («filosofía de la liberación») y un tercero buscaba las comunes raíces de la tradición filosófica iberoamericana que hunde sus raíces en la tradición mediterránea. Generalizando, no brilló, pues, la amplitud de miras por parte de los grupos culturales reivindicantes a la hora de hacerse eco no sólo de sus propias quejas y aportaciones, sino también de las de los demás. Aún menos brilló la comprensión global de la heterogeneidad fundamental de sus propios grupos y del propio Occidente, al que acusaban.

En efecto, las referencias a «Occidente» se multiplicaban por parte de unos y otros, dándose por supuesto un significado que tiene mucho de ambiguo y otro tanto de reduccionista, sobre todo aplicado al campo filosófico. Si exceptuamos a los lejanos patriarcas griegos, vistos más bien como una especie de Antiguo Testamento objetivista, lo único que prácticamente se ha valorado como «Occidente filosófico» es lo procedente de pensadores anglosajones, germánicos y franceses. Algunos dirán que con razón. En ese caso, y en el caso contrario con mayor motivo, es urgente que se deje de encasillar a todo Occidente en estos patrones. De lo contrario seguiremos relegando a la mayoría de los occidentales al papel de meros comentaristas o teloneros de las ocurrencias, felices o infelices, de esos tres núcleos culturales (de ciertos sectores de dichos núcleos), a la postre no muy desemejantes. También habría de aclararse en qué medida

Europa oriental es «occidental». La filosofía tiene una vocación universalista, pero ningún ser humano en su actividad intelectual puede abstraerse de su cultura, so pena de engañarse o quedar alienado.

Con esta juiciosa visión crítica resultó excepcionalmente lúcido en la materia el encuentro que la Sociedad de Pensamiento Ibero y Latinoamericano, moderado por el gran filósofo hispano-norteamericano Jorge Gracia. En tal encuentro incluso varios norteamericanos, magníficos conocedores de la tradición filosófica hispana, elogiaron la riqueza y las posibilidades de desarrollo del pensamiento hispano e iberoamericano, pese a cierto complejo de inferioridad aún dominante. Se apuntó que la regeneración de nuestro propio pensamiento pasa por redescubrir como actual la herencia grecorromana, realmente no desbancada por el subjetivismo de la llamada «filosofía moderna». Pasa por aprovechar sin prejuicios las fuentes de sabiduría de las tres grandes religiones monoteístas, como ya se hiciera en España. Y, partiendo de una prioritaria colaboración cultural entre los pueblos greco-latinos e iberoamericanos (con la participación, mas no con la dirección de Francia), pasa por abrimos más a los eslavos y reducidos celtas y a los diferentes ámbitos africanos y asiáticos. Compensaremos, así el excesivo y absoluto seguimiento de las producciones franco-germana (mal llamada «filosofía continental») y anglosajona (hoy encabezada por «la filosofía analítica»). Estas vetas, tal como han sido, se hallan casi agotadas para mucho tiempo, aunque deberán seguir siendo atendidas. La postmodernidad es sólo la etapa postfranco-germana y postanglo-sajona. Sobre todo no es del llamado «Tercer Mundo», que también en filosofía ha de pasar a ser Primer Mundo, superando el colonialismo intelectual, del que España, Italia, Grecia o Portugal no han escapado. Además, nosotros congeniaremos más y mejor con otros ámbitos culturales, que podrán descubrir otro rostro de Occidente.

Tras lo expuesto, cabe que la curiosidad de algunos lectores todavía demande saber quién de renombre anduvo por Boston. Amén de los filósofos ya citados, podemos mencionar, pidiendo por anticipado disculpas por las involuntarias omisiones; a Alasdair MacIntyre, que consiguió abarrotar uno de los mayores auditorios al presentar su

propuesta de un pluralismo moral sin relativismo moral; a Matthew Lipman, creador del actual método de filosofía para niños; a Tomonobu Imamichi, sabio profesor de Tokio y uno de los más activos del Congreso; Milton Nascimento, de Brasil; Enrique Dussel, promotor argentino de la filosofía de la liberación; Kenneth L. Schmitz, gran especialista canadiense en Hegel y prohombre del pensamiento católico; Pierre Aubenque, célebre experto galo en filosofía griega; Josef Seifert, director de la Academia de Liechtenstein. Algunos de los españoles participantes fueron Fernando Broncano, Fernando Inciarte, Miguel Ángel Quintanilla, Jesús Conill, José Rubio Carracedo, Carmen Segura, Félix García, María del Carmen Dolby, Abelardo Lobato, José María Rosales, Ildelfonso Murillo, Jorge Ayala, Cirilo Flores Miguel, Carlos Moya, Javier Muguerza y Jesús Mosterín.

Reseñemos, por último, que por grande e importante que ha sido este Congreso Mundial, los medios de comunicación españoles apenas han sabido o han querido hacer saber sobre el mismo. Tal vez, pese a su «genuino sabor americano» este Congreso es demasiado plural para lo comprometidos que están ideológicamente nuestros principales medios de comunicación, que, sin embargo, suelen dar más audiencia a congresos menores y menos plurales. O tal vez es que, de todas maneras, hemos de reconocer la poca relevancia de los filósofos en la arena social y entre los propios filósofos, que hemos pasado de exagerar nuestra importancia a minimizarla.

PABLO LÓPEZ LÓPEZ  
Dr. en Filosofía